

LA PALABRA COMO TEXTO

Marcial Morera

Instituto Universitario de Lingüística «Andrés Bello»

RESUMEN

La palabra no es la unidad básica de las lenguas naturales, sino una unidad del discurso. Solamente la libertad de los hablantes —no el idioma mismo— hace posible la conjunción en ella implicada de significación primaria, significación categorial, significación morfológica, significación sintáctica y hasta denotación. Por eso, el análisis de las lenguas naturales no puede basarse en el concepto de palabra, sino que debe basarse en el concepto más elemental de signo primario, monema o morfema.

PALABRAS CLAVE: gramática, lexicología, semántica.

ABSTRACT

Words are not the basic units in natural languages, but discourse units. Only the speaker's freedom —not the language itself— makes the implied conjunction of primary, categorial, morphological, syntactic and denotational meanings possible. This is the reason why the analysis of natural languages cannot be based on the word concept, but rather on the more elemental concept of primary sign, moneme, or morpheme.

KEY WORDS: Grammar, lexicology, semantics.

Todos sabemos que la vieja lingüística de corte conceptual o denotativo consideraba que el elemento básico de las lenguas naturales era la palabra. De ahí que incluso se llegara a inventar una disciplina (la morfología) para estudiar sus distintos constituyentes formales, pero no su aspecto semántico, que entendió siempre como indescomponible y propio de la lexicografía. Por el contrario, la lingüística semántico-formal considera que lo que verdaderamente constituye el material básico de los sistemas de las lenguas naturales no son esos segmentos de discurso que nuestra tradición lingüística denomina palabras, sino más bien los signos mínimos o raíces y los procedimientos gramaticales.

Por una parte, los signos mínimos o raíces (acaso no más de tres o cuatrocientos principales por idioma) serían las piezas más elementales de las lenguas naturales. Se trata de unidades que presentan las siguientes características formales y semánticas.



Materialmente, se distinguen porque se formalizan siempre mediante un significativo fonológico, al contrario que las significaciones categoriales, por ejemplo, que se formalizan de forma distribucional.

Semánticamente, se caracterizan por los siguientes rasgos:

Primero, aportan las intuiciones semánticas de carácter sígnico más elementales o primitivas de las lenguas naturales. Es decir, se trata de unidades dadas por el sistema de la lengua, no construidas en el discurso por el hablante, razón por la cual no pueden segmentarse en unidades sígnicas menores. Es el caso de las formas españolas *fond-*, que encontramos en la base de la familia de palabras *fondo*, *hondo*, *hundir*, *hondura*, *profundo*, *profundidad*, *fundir*, *fundar*, *fundamento*, etc., *punt-*, que encontramos en la base de la familia de palabras *punto*, *punta*, *puntear*, *puntero*, *puntal*, *puntualidad*, *repuntar*, *apuntar*, *despuntar*, etc., *termin-*, que encontramos en la base de la familia de palabras *término*, *terminar*, *determinar*, *determinación*, *terminación*, *terminal*, etc., *fin-*, que encontramos en la base de la familia de palabras *fin*, *fino*, *finar*, *definir*, *confinar*, *final*, *finalidad*, *afinar*, etc., *pas-*, que encontramos en la base de la familia de palabras *paso*, *pasa*, *pasar*, *pasado*, *pasadero*, *pasaje*, *repasar*, *acompañar*, *pasillo*, etc., *entr-*, que encontramos en la base de la familia de palabras *entrar*, *entre*, *entrada*, *interno*, *internar*, *dentro*, *adentrar*, etc.

Segundo, se constituyen históricamente como conjuntos estructurados y cerrados de figuras de contenido o primitivos semánticos, que son idénticos para todas las lenguas del mundo. Siguiendo con nuestros ejemplos anteriores: la forma *fond-* está constituida por las figuras de contenido ‘dimensión-negativamente opuesta-a la superficie’; la forma *punt-*, por las figuras de contenido ‘límite-no superado-de la dimensión’; la forma *termin-*, por las figuras de contenido ‘límite-último-de la dimensión-con extensión’; la forma *fin*, por las figuras de contenido ‘límite-último-de la dimensión-puntual o sin extensión’; la forma *pas-*, por las figuras de contenido ‘movimiento-perfectivo-extenso’; y la forma *entr-*, por las figuras de contenido ‘situación-de ubicación-relativa-limitada’, que se encuentran en la base de todas sus realizaciones gramaticales y denotativas en la realidad concreta del hablar.

Tercero, presentan dos variedades distintas desde el punto de vista del modo de significar: unos significan mostrando o señalando directamente instancias del universo del discurso. Es el caso, por ejemplo, de la forma *aquell-*, que encontramos en la base de la familia de palabras *aquel*, *aquello*, *aquellar*, etc., y que significa algo así como ‘mostración-no personal-determinada-con distancia-en segundo grado’. Son los signos primarios mostrativos, que nuestra tradición lingüística suele clasificar como pronombres; otros significan describiendo o representando mediante esquemas espaciales la realidad denotada. Es el caso de la forma anteriormente citada *fond-*, que significa constante e invariablemente algo así como ‘dimensión-negativamente opuesta-a la superficie’. Son los signos descriptivos, que nuestra tradición lingüística denomina léxicos.



Cuarto, en sí mismos y por sí mismos carecen de organización existencial interna propia, por lo que su amplitud semántica es total. Así, desde el punto de vista de la significación primaria más estricta, el mencionado contenido invariante 'dimensión-negativamente opuesta-a la superficie' del signo *fond-*, por ejemplo, es absolutamente independiente de la condición sustantiva, adjetiva y verbal con que el mismo se manifiesta en las combinaciones *fondo*, *hondo* y *hundir*, respectivamente.

Quinto, por último, las raíces o signos primarios de las lenguas naturales presentan una enorme capacidad de variación gramatical. Teóricamente por lo menos, todas y cada una de ellas pueden actualizar todos y cada uno de los valores de su sistema gramatical, aunque, desde el punto de vista histórico, solamente suelen realizar algunas de sus posibilidades gramaticales y denotativas. Nuestra raíz *pas-*, por ejemplo, únicamente ha actualizado hasta ahora unas treinta y pico variantes de sus enormes posibilidades gramaticales.

Por su parte, los procedimientos gramaticales son mecanismos semánticos que permiten poner en acción las mencionadas raíces o signos primarios y construir así esos textos más o menos complejos de las lenguas naturales que son las *palabras* y los *sintagmas*. Estos procedimientos gramaticales son básicamente de tres tipos distintos:

a) El *significado categorial*, que es un procedimiento semántico que permite presentar la significación primaria o raíz de una determinada manera en el universo del discurso, y construir así esa estructura semántica de *parole* que la gramática tradicional suele denominar *palabra primitiva*. En las lenguas naturales existen tres y sólo tres moldes semántico-categoriales:

aa) El molde semántico-categorial sustantivo, que presenta la significación primaria como objeto independiente, como cosa autónoma. Es lo que sucede en el caso de las formas *fondo*, *punto*, *término*, *fin* y *paso* de nuestros ejemplos anteriores, donde los significados primarios 'dimensión-opuesta-a la superficie', 'límite-no superado-de la dimensión', 'límite-último-de la dimensión-con extensión', 'límite-último-de la dimensión-puntual o sin extensión' y 'movimiento-perfectivo-extenso' de los signos primarios *fond-*, *punt-*, *termin-*, *fin-* y *pas-*, respectivamente, aparecen presentados como cosas con límites propios.

ab) El molde semántico-categorial adjetivo, que presenta la significación primaria como rasgo simple del sustantivo. Es lo que se aprecia en los casos de las formas *hondo* y *fino*, por ejemplo, donde los significados primarios 'dimensión-opuesta-a la superficie' y 'límite-último-de la dimensión-puntual o sin extensión' de las formas *fond-* y *fin-* aparecen presentados como partes constitutivas del sustantivo, como cualidades, para decirlo con palabra de la gramática tradicional.

ac) El molde semántico-categorial verbal, que presenta la significación primaria como proceso, como fenómeno con tiempo interno. Es lo que sucede en el caso de las formas *hundir*, *puntar*, *terminar*, *finar*, *pasar* y *entrar*, donde los mencionados significados invariantes 'dimensión-opuesta-a la superficie', 'límite-no supe-



rado-de la dimensión', 'límite-último-de la dimensión-con extensión', 'límite-último-de la dimensión-puntual o sin extensión', 'movimiento-perfectivo-extenso' y 'situación-de ubicación-relativa-limitada' de las formas *fond-*, *punt-*, *termin-*, *fn-*, *pas-* y *entr-*, respectivamente, aparecen existiendo como procesos.

Se ve, por tanto, que las categorías gramaticales no son meras acumulaciones de palabras, como se ha solido pensar tradicionalmente, sino más bien moldes semántico invariantes, que dan forma existencial a la significación primaria y hacen posible las relaciones sintagmáticas y la denotación. Sin significaciones categoriales no hay posibilidad de sintaxis, de referirse a la realidad ni, por tanto, de denotar.

b) El *significado morfológico*, que es un procedimiento semántico-sintagmático que nos permite ampliar de forma continua la significación de los signos con categoría mediante otro signo sin determinación categorial, para dar lugar a las palabras derivadas de nuestra tradición gramatical: v. gr., el *-azo* de la combinación *guantazo*, que prolonga súbitamente hasta su límite la materia semántica del sustantivo *guante*; el *-ero* de la combinación *limonero*, que presenta la materia semántica del sustantivo *limón* como 'ámbito activamente emanante'; o el *-ae* de la combinación latina *rosae*, que presenta la significación del sustantivo *rosa* como punto de partida de un movimiento de alejamiento genérico. Según la posición que ocupe respecto del elemento regente o base del derivado, se puede hablar de dos grandes tipos de complementos morfológicos en las lenguas naturales:

- ba) Complemento morfológico interno, aquel que cuantifica internamente la materia semántica del elemento nuclear o tema de la palabra derivada: v. gr., las formas *-azo* y *-ero* de nuestros ejemplos *guantazo* y *limonero*. Precisamente por complementar internamente carecen de trascendencia sintáctica.
- bb) Complemento morfológico externo, aquel que se limita a expresar una relación espacial externa al sustantivo nuclear o tema de la palabra derivada, de manera que convierte a esta en término de una relación: v. gr., el *-ae* de nuestro ejemplo latino *rosae*. Se trata de los sustantivos en caso oblicuo de la gramática tradicional, que juegan un papel fundamental en la combinatoria sintáctica de las lenguas naturales.

c) El *significado sintáctico*, que es un procedimiento semántico-sintagmático que nos permite ampliar de forma continua la significación de los signos con categoría mediante otro signo con determinación categorial, dando lugar a los sintagmas de nuestra tradición gramatical: v. gr., el sustantivo *papeles* de la combinación española *pisapapeles*, que complementa directamente la significación del verbo *pisar*; el *contra las cuerdas* de la combinación española *poner contra las cuerdas*, que complementa indirectamente la significación del verbo *poner*. Desde el punto de vista de su comportamiento referencial, existen dos grandes variantes del sintagma:

- ca) Variante palabra, cuando se encuentra fijado en una sola referencia: v. gr., *pisapapeles*, *contraponer*, *contratar*, etc. Es lo que la gramática tradicional denomina *palabra compuesta*.



- cb) Variante proposición, cuando cada uno de sus constituyentes presenta referente propio: v. gr., *pisar papeles*, *poner contra las cuerdas*, *tratar con delincuentes*, etc. Es lo que la gramática tradicional denomina *oración*.

Pues bien, con estos dos tipos de mecanismos semánticos (raíces y procedimientos gramaticales) han construido los hablantes de la lengua española textos como *puntear*, *profundo*, *naturaleza*, *picamadero*, etc., que la lingüística tradicional denomina *palabras* y que constituyen las nociones primarias de su comunicación cotidiana. ¿Qué es lo que caracteriza más concretamente estas piezas básicas de todo discurso que son las palabras?

En primer lugar, hay que señalar que estas piezas de discurso implican siempre una estructura semántico-formal invariante más o menos compleja, que encierra como mínimo una significación primaria y una significación categorial, que es lo que hace posible que las mismas se puedan relacionar con tales o cuales conceptos en la realidad concreta del hablar. Dicho de otra manera: la palabra viene a ser una especie de compromiso entre la significación primaria y la significación categorial, una especie de compromiso necesario para que haya discurso, un «sine qua non» del hablar concreto. Así, nuestra palabra *naturaleza*, por ejemplo, no significa primaria y básicamente ‘conjunto de todas las cosas que componen el universo’, como reflejan los diccionarios al uso, sino más bien una estructura semántico-formal mucho más compleja, que podemos parafrasear como ‘acción de nacer-puntualmente acabada (*nato*)-como abstracción no esencial pasiva (*natura*)-externamente expandida en todas las direcciones de su materia semántica (*natural*)-como emanación pasiva (*naturaleza*)’, de la que el mencionado concepto no es otra cosa que una de sus tantas orientaciones de sentido. Otro ejemplo: la combinación *imponente* no significa ‘formidable, que posee alguna cualidad extraordinaria’, sino más bien algo así como ‘proceso *poner* fijado en el interior de un punto de referencia cursivo interno al sujeto’. El mencionado contenido ‘formidable, que posee alguna cualidad extraordinaria’ no es otra cosa que la actualización de una de sus tantas orientaciones de sentido, una orientación de sentido que absolutamente nada tiene que ver con su verdadero significado formal. Esto quiere decir que la creencia tradicional de que la palabra solamente contiene significado léxico es totalmente equivocada. Semántico-formalmente por lo menos, la palabra no es un signo simple, sino un signo complejo, un signo en el que hay una base semántica primaria y uno o varios niveles gramaticales. Sin gramática, no hay palabra, porque sin esta alianza entre la significación primaria y la significación categorial no hay posibilidad de designación-denotación. Cada uno de estos constituyentes semánticos simples por separado es incapaz de realizar tal función textual. Así, la palabra se nos revela como una unidad necesaria para que el lenguaje pueda cumplir con su fin externo último, que es comunicar conceptos.

Desde el punto de vista de su complejidad estructural, puede hablarse de cuatro grandes tipos de palabras, como en parte hacía la gramática tradicional:

- a) Palabras primitivas, que son aquellas que presentan significación primaria y significación categorial. Ejemplos de ellas los tenemos en las formas *hondo*, *fondo*, *hundir*, *punto*, *puntar*, *fin*, *fino*, *finar*.

- b) Palabras derivadas, que son aquellas que presentan significación primaria, significación categorial y significación morfológica. Por ejemplo, las formas *puntal*, *puntero*, *pasador*, *final*, *naturaleza*, etc.
- c) Palabras compuestas, que son aquellas que presentan significación primaria, significación categorial y significación sintáctica: v. gr., las formas *despuntar*, *acompañar*, *pasamontañas*, etc., que implican estructuras sintácticas indiscutibles. Así, como señala Hjelmslev, «es fácil ver, incluso expresándose con conceptos familiares, que existen dentro de la palabra dependencias completamente análogas a las de la oración y susceptibles, *mutatis mutandis*, del mismo tipo de análisis y descripción» (Hjelmslev 1971: 45).
- d) Palabras frases, que son aquellas que presentan una conjunción de diversas palabras primitivas, derivadas o compuestas, pero con un sentido unitario. Es lo que sucede en muchas lenguas exóticas; pero también en español, con expresiones como el *a ti qué te importa* de la combinación *le espetó un a ti qué te importa que lo dejó frío*.

En lo tocante a la complejidad semántico-estructural de las palabras, las lenguas naturales presentan una considerable variedad. En algunas de ellas, se observa una evidente tendencia a la palabra de estructura simple o primitiva. Es el caso del inglés, por ejemplo, en cuyo diccionario encontramos una enorme cantidad de palabras primitivas. «La lengua inglesa —nos dice Sapir— ha venido esforzándose por crear palabras conceptos muy sencillos, no complicados por connotaciones formales, pero todavía no ha logrado realizar su propósito» (Sapir 1981: 36). Esta tendencia es mucho más extrema en la lengua china, cuyas palabras —al decir de sus gramáticos— se reducen muy frecuentemente a monosílabos. En otras, predomina la tendencia a las palabras de estructura derivativa. Es el caso del español, en cuyo léxico hay una masa abrumadora de palabras derivadas. En otras, por último, se prefieren las palabras de estructura compositiva. Es el caso del alemán, donde las palabras compuestas constituyen la mayoría de su vocabulario. Obviamente, cada una de estas formas de construir las palabras implica una manera distinta de entender o percibir la realidad designada. Por ejemplo, la forma compositiva del alemán implica una manera de entender más plástica que la forma simple del inglés o la forma derivativa del español, donde las relaciones entre los elementos constitutivos de la palabra son mucho más abstractas, de más débil especificidad. Es lo que se aprecia cuando comparamos la palabra alemana *vaterland* con la correspondiente española *patria*: aquella se presenta como ‘tierra determinada específicamente por el sustantivo padre’; ésta simplemente como ‘emanación activa’ del sustantivo *padre*.

En segundo lugar, hay que decir que las palabras —principalmente las que tienen como base un signo primario descriptivo— pertenecen siempre a clases abiertas, puesto que la recursividad de los procedimientos gramaticales de la lengua permiten reproducirlas hasta el infinito. Lo que es abierto, por tanto, no son las listas de monemas léxicos —como quiere Martinet—, sino las palabras que construimos con esos monemas y los procedimientos gramaticales del idioma (Martinet 1970: 148-149).

En tercer lugar, una vez constituida, la palabra, incluso en los casos de estructura más compleja, tiende a emplearse como representante de un fragmento





unitario de la experiencia, hasta el punto de que este sentido superpuesto no puede deducirse del análisis de su estructura semántico-formal básica, que queda eclipsada por dicha referencia. «La palabra no puede fragmentarse sin que el sentido se transtorne —nos dice el citado lingüista norteamericano Edward Sapir—; uno de los fragmentos en que la hemos dividido, o los dos, quedan en nuestras manos como residuos inútiles y desamparados» (Sapir 1981: 43-44). Al denominar de forma regular una misma porción de la realidad, creamos la unidad conceptual. Y es esta particularidad referencial (desarrollar un sentido unitario) lo que verdaderamente define a la palabra, como han señalado todos los gramáticos y lingüistas que se han ocupado del problema. Así, para Bello, «cada palabra es un signo que representa por sí solo alguna idea o pensamiento» (Bello 1981: 40). Para Rafael Seco, la palabra es «una unidad indivisible de sentido independiente más o menos vago» (Seco 1975: 7). Para la Academia, se trata del «segmento o la mínima secuencia de segmento dotado de significado y susceptible de ser aislada por pausas» (Real Academia 1976: 10).

Obviamente, nos encontramos ante una propiedad de *parole* que afecta no sólo a la tradicionalmente denominada palabra, sino también a segmentos de discurso más amplios, como sintagmas e incluso textos más complejos. De ahí que no hayan faltado autores que se hayan opuesto a considerar la palabra tradicional como unidad léxica del idioma. Es el caso, como sabemos todos, de Bernard Pottier, por ejemplo, que piensa que la unidad léxica de las lenguas naturales no es la palabra, sino la *lexía*, que, según su complejidad interna, puede ser simple, derivada, compuesta, compleja y textual. André Martinet, por su parte, considera que en el plano léxico de las lenguas naturales hay en realidad dos tipos de unidades distintas: el monema y el sintema, que él define como «signo lingüístico que la conmutación revela como resultante de la combinación de varios signos mínimos, pero que se comporta en relación a los otros monemas de la cadena hablada como un monema único» (Martinet 1987: 52). Para Otto Jespersen, por citar otro caso más, también existen dos tipos de unidades léxicas diferentes: palabras y frases, o agrupaciones de palabras que forman juntas una unidad de sentido (Jespersen 1975: 98-99). Y es que, en realidad, eso que llamamos palabra no es algo concreto, sino uno de los esquemas básicos o primarios del discurso, que se define por su unidad de sentido y que puede manifestarse de maneras muy diversas: como signo simple, como signo derivado, como signo compuesto e incluso como frase, como señalamos antes.

La unidad de sentido de todas estos elementos fraseológicos pesa tanto en su funcionamiento discursivo, que muchos de ellos, con el tiempo, terminan integrando todos sus elementos semánticos y formales en una misma unidad y funcionando como palabra simple: v. gr., el *como* español, procedente de la combinación latina *quo modo*; el *possum* 'poder' latino, procedente del adjetivo *potis*, que significa, como sabemos, 'que puede, capaz de, potente, poderoso', y el verbo copulativo *sum*.

Ahora bien, ¿cómo se producen estas formalizaciones de sustancia a partir de la significación invariante de las palabras? Pues simplemente sincretizando en su estructura semántica rasgos de la experiencia designada en cada caso y construyendo conceptos, unidades genéricas que suponen una simplificación de las impresiones que se tienen de la realidad, a la que por lo general la palabra termina sustituyendo. Como



es de sobra sabido, el hombre común no distingue entre nombre y objeto designado, sino que para él el nombre, o la idea que transporta el nombre, es la cosa misma, hasta el punto de que cree, supersticiosamente, que el nombre provoca la cosa. Por eso lo convierte en tabú cuando quiere evitar la persona, animal o cosa que designa; en reniego o blasfemia, cuando quiere ofenderlos; y en eufemismo, cuando quiere con-graciarse con ellos. El sentido viene, por tanto, del contexto, como ya había señalado Hjelmslev en el párrafo que sigue: «las llamadas significaciones léxicas de ciertos signos no son sino significaciones contextuales artificialmente aisladas, o paráfrasis artificiales de las mismas. Totalmente aislado, ningún signo tiene significación; toda significación del signo surge del contexto, entendiendo por tal un contexto de situación o un contexto explícito» (Hjelmslev 1971: 70). Pero ese sentido que viene del contexto no es, ni puede ser, una reproducción fiel de la cosa designada, sino una abstracción de algunos de sus constituyentes, de la impresión que tenemos de ellos o de nuestras creencias acerca de ellos. Incluso una palabra tan preñada de significación por su estructura compositiva como *pisapapeles*, pongamos por caso, presenta un sentido bastante abstracto. Por ejemplo, no nos dice nada acerca de las condiciones materiales de las cosas por ella designadas, sino solamente acerca de su función práctica. Con razón dice Voltaire que «nadie es capaz de dar a conocer con exactitud el grado de sentimiento que representa; y nos vemos obligados, por ejemplo, a designar con el nombre general de amor y de odio, mil amores y mil odios diferentes unos de otros; y lo mismo nos sucede si tratamos de manifestar nuestros dolores y nuestros placeres: por eso todas las lenguas son imperfectas, como nosotros» (Voltaire 1995: 302).

Que este sentido que comentamos es ajeno a la verdadera estructura semántica de la palabra lo han puesto de manifiesto los buenos poetas, que lo han sentido siempre como una rémora para su trabajo creador. No se olvide que, como señala Alain, «la sensibilidad propia del poeta está, sin duda, en oír aún en la palabra el antiguo grito y en sospechar una relación oculta entre sonido y sentido; según lo cual, una real armonía de palabras de acuerdo con la forma del cuerpo humano debería tener siempre un sentido, volver a encontrar lo natural del lenguaje hablado; hallar de nuevo el verdadero hablar, es decir, las afinidades entre los sonidos, las formas y las palabras» (Alain 1995: 67). Tampoco sería descabellado decir que lo que busca el poeta verdadero es nada más y nada menos que la naturaleza semántica pura de las palabras, ese lugar en que ninguna idea viene a enturbiar la pureza del signo. Algunos poetas lo han expresado de forma magistral, como León Felipe, por ejemplo, en los siguientes versos: «Deshaced ese verso./ Quitarle los caireles de la rima,/ el metro, la cadencia/ y hasta la idea misma.../ Aventad las palabras/ y si después queda algo todavía,/ eso/ será la poesía».

Estas síntesis ideológicas que son los sentidos de las palabras presentan tres particularidades especiales. La primera de ellas es que muchas palabras se organizan en grupos, parcelando entre todas un determinado continuo referencial: v. gr., las formas *morisca*, *berrenda*, *pernalba*, *rucia*, *careta*, *estrellada*, *floriada*, *lapeada*, *morespalda*, *rosilla*, etc., que emplean los pastores canarios para designar el color de las cabras. Es la base de lo que la lingüística estructural denomina *campo semántico*, hecho de *parole* que nada tiene que ver con la lengua, como nos ha hecho ver Ramón Trujillo (Trujillo 1988: 91-122).

La segunda particularidad de los sentidos de las palabras es que estas no están nunca quietas, sino que se estiran o se encogen permanentemente, mediante esos mecanismos de la *parole* que son la metáfora y la metonimia. Y ello sin necesidad de alterar lo más mínimo la significación de las formas semánticas que les sirven de base. Siguiendo la evolución de los complejÍsimos mensajes que hay grabados en las palabras, podemos conocer por lo menos parte del desarrollo de la historia de las civilizaciones humanas, e incluso de la humanidad toda. RecuÉrdense, por ejemplo, los misterios sorprendentes que nos revela Auerbach sobre la evolución del significado de la palabra *figura* en su trabajo del mismo hombre, una palabra que ha dado mil vueltas y revueltas por la cultura occidental, que absorbió las intenciones de legiones de hablantes antes de llegar a nosotros (Auerbach 1998); o Benveniste sobre el vocabulario (*civilización, ciudad, sudario, científico*, etc.) de las instituciones europeas en sus diversos libros y artículos. Concretamente este mismo autor comienza su estudio «Civilización. Contribución a la historia de la palabra» con estos términos reveladores: «toda la historia del pensamiento moderno y los principales logros de la cultura intelectual en el mundo occidental están vinculados a la creación de algunas decenas de palabras esenciales, cuyo conjunto constituye el bien común de las lenguas de la Europa occidental» (Benveniste 1974: 209). Se trata de palabras que se remontan en muchas ocasiones, no a Roma, sino al corazón de Asia, porque nuestro pasado lingüístico no empezó en el latín, sino que más bien pasó por el latín. Tenemos mucho del latín, sí, pero ¿qué conservaba el latín de sus orÍgenes indoeuropeos?

La tercera particularidad que presentan los sentidos denotativos de las palabras es que actúan como centros o núcleos en torno a los cuales se aglutinan nociones secundarias o connotativas diversas, que también juegan un papel destacado en el funcionamiento de las lenguas naturales.

Planteadas las cosas así, la palabra se nos revela como el invento más genial y trascendente de la historia de la humanidad, porque gracias a ella, gracias a que podemos subsumir o almacenar en breves textos fácilmente memorizables y manejables los trozos de nuestra historia, es posible la cultura, esa experiencia del pasado que va pasando de generación en generación y permite el progreso del género humano todo. Toda la aventura del hombre sobre la tierra está jalonada por sus palabras, que introdujeron nuevos valores y sirvieron de acicate para nuevas ideas. Incluso las complejÍsimas ciencia y tecnología modernas no son otra cosa que una creación del verbo. De ahí su importancia para el conocimiento de todo nuestro pasado y presente. A pesar de ella, «la historia de la ciencia no pone estas creaciones en el lugar que merecen: pasan por no interesar sino a los lexicógrafos», como señala E. Benveniste (Benveniste 1977: 249).

La cuarta propiedad definidora de la palabra es que presenta una capacidad denotativa infinita, como el resto de las unidades semántico formales de las lenguas naturales. Así, con el esquema semántico formal ‘acción de nacer-puntualmente acabado-como abstracción no esencial activa-externamente expandido en todas las direcciones de su materia semántica-como emanación pasiva’ de nuestra palabra derivada *naturaleza* podrÍamos denotar, sin duda, conceptos infinitos, porque la relación entre la palabra y la denotación es totalmente arbitraria. Con el esquema





semántico-formal ‘concepto niño-como ámbito activamente emanante’ de la palabra *niñero* podríamos designar, no solamente la persona encargada de cuidar a los niños, sino también a la persona que los tiene, a la que los quiere, al lugar en que hay niños, etc., etc. En todo caso, hay que tener en cuenta que estos sentidos contextuales solamente son posibles a condición de que haya una forma semántica que les sirva de soporte, pues, como nos recuerda Hjelmslev, «el sentido por sí mismo está sin conformar; por sí mismo no está sujeto a conformación, sino que es simplemente susceptible de conformación; de cualquier conformación; sea la que sea; si algo hubiera que limitar en este punto afectaría a la conformación, no al sentido. El sentido es, por tanto, en sí mismo inaccesible al conocimiento, puesto que el requisito previo para el conocimiento es el análisis de algún tipo; el sentido solamente puede conocerse a través de una conformación y, así, carece de existencia científica fuera de esta» (Hjelmslev 1971: 109-110).

En quinto lugar, se ha de decir que, a pesar de la teórica infinita capacidad designativa y denotativa de las palabras, en la realidad concreta del hablar estas solamente suelen fijarse en una o varias denotaciones más o menos constantes, denotaciones que nuestra tradición gramatical confundía con el significado. Así, a pesar de su mencionada infinita capacidad denotativa, nuestra palabra *naturaleza*, que, como sabemos ya, lo único que significa lingüísticamente es algo así como ‘acción de nacer-puntualmente acabada-como abstracción no esencial pasiva-externamente expandida en todas las direcciones de su materia semántica-como emanación pasiva’, hasta ahora sólo se ha especializado en los sentidos ‘conjunto de cosas que componen el universo’, ‘esencia y propiedad característica de cada ser’, ‘virtud, calidad o propiedad de las cosas’, ‘complexión o temperamento de cada individuo’, etc.; la forma *niñero*, que lo único que significa de forma invariante es algo así como ‘concepto niño como ámbito activamente emanante’, hasta ahora solamente ha desarrollado las acepciones ‘que gusta de niños o de niñerías’ y ‘criada destinada a cuidar niños’.

Por último, otra propiedad de la palabra, señal memorizada que obedece a una única elección por parte del hablante, es que actúa como principio básico del discurso. Convertida en parte de la oración por efecto de los procedimientos sintácticos, la palabra permite construir esos textos más complejos que ella que llamamos sintagmas u oraciones, mediante los cuales expresamos nuestros juicios, las proposiciones en las que afirmamos algo de alguien. Es lo que explica que la gramática tradicional de raigambre conceptualista la haya considerado siempre como la unidad indivisible más pequeña sobre la que actúa la sintaxis. «Toda lengua —escribe Bello— consta de palabras diversas, llamadas también *dicciones*, *vocablos* o *vozes*» (Bello 1981: 140). Así, aunque en una combinación como *la naturaleza se regenera rápidamente* se cuentan al menos trece unidades mínimas o monemas, sólo existen cinco palabras. Lo que tradicionalmente se denomina oración no es otra cosa que un producto del discurso, como sabemos ya desde Saussure y Hjelmslev. Por lo demás, la diferencia que existe entre esos segmentos de discurso que son la palabra y el sintagma expresivo de un juicio u oración es radical: aquella presenta un sentido unitario y fijado que pertenece a la colectividad toda; un bien mostrenco, podríamos decir; este presenta un sentido que conjuga varias ideas y que es creado circunstan-

cialmente por un individuo en particular. De ahí que aparezca entrecomillado cuando se trata de reproducir lo expresado por alguien.

De todo lo dicho anteriormente, podemos extraer al menos dos conclusiones principales. La primera es que la palabra no es una unidad formal, como suponen los que suelen confiar su estudio a la morfología (el estudio de las formas), sino una unidad semántica, una unidad semántica primaria del discurso. Es lo que explica el fracaso de todos aquellos que han intentado definirla desde el punto de vista significativo, apelando a conceptos tales como pausa, acento, etc. En realidad las palabras pueden ser tanto independientes como dependientes, átonas como tónicas. Por ejemplo, un segmento como *estudiábamos* no contiene una sola palabra, sino tres: la palabra *estudiar*, la palabra *-mos* de 'primera persona del plural' y la palabra *-aba* de 'pretérito imperfecto de indicativo'. La segunda es que, como unidad semántica, la palabra no es la unidad primaria del idioma, unidad dada, como se ha solido creer habitualmente, sino más concretamente un texto, algo elaborado por la voluntad y la inteligencia de los hablantes, el texto más elemental del quehacer idiomático; y ello en dos sentidos complementarios. Por una parte, la palabra es un texto porque se construye o teje a partir de las raíces y los procedimientos gramaticales de las lenguas naturales. Por otra parte, la palabra es un texto porque suele fijarse en sentidos externos a ella misma, en denotaciones más o menos variadas, que es lo propio de todo texto. Precisamente por ello podemos decir que la palabra es el esquema básico o primario del hablar concreto, el que proporciona las piezas más elementales de esa estructura compleja de discurso que llamamos oración.

BIBLIOGRAFÍA

- ALAIN (1955): *Veinte lecciones sobre las bellas artes*, Buenos Aires, Emecé Editores.
- AUERBACH, E. (1998): *Figura*, Madrid, Minima Trotta.
- BELLO, A. (1981): *Gramática de la lengua castellana* (edic. de R. Trujillo), Tenerife, Cabildo Insular de Tenerife.
- BENVENISTE, E. (1983): *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas*, Madrid, Taurus.
- (1974): *Problemas de lingüística general*, Madrid, Siglo XXI Editores.
- (1977): *Problemas de lingüística general*, Madrid, Siglo XXI Editores.
- HJELMSLEV, L. (1971): *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*, Madrid, Gredos.
- JESPERSEN, O. (1975): *La filosofía de la gramática*, Barcelona, Anagrama.
- MARTINET, A. (1970): *Elementos de lingüística general*, Madrid, Gredos.
- (1987): *Sintaxis general*, Madrid, Gredos.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1976): *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española*, Madrid, Espasa-Calpe.
- SAPIR, E. (1981): *El lenguaje*, México.
- SAUSSURE, F. (1973): *Curso de lingüística general* (ed. de A. Alonso), Buenos Aires, Losada.
- SECO, R. (1975): *Manual de gramática española*, Madrid, Aguilar.
- TRUJILLO, R. (1988): *Introducción a la semántica española*, Madrid, Arco-Libros.
- VOLTAIRE (1995): *Diccionario filosófico*, Madrid, Temas de hoy.

